



HOMENAJE A GARCÍA PAVÓN
YA NO ES MAÑANA

Obra menor

José Rivero

Toda la obra menor y no inventariada de García Pavón, que se desparrama por diversas publicaciones de los años cuarenta (“Albores del Espíritu”), cincuenta (“Lanza”, “Clavileño”) y sesenta (“La Mancha”) puede ser vista hoy como los apuntes, las notas, los esbozos los preparativos e incluso los croquis que los posteriores desarrollos del universo narrativo pavoniano van a otorgar al paisaje y al espacio.

Todo ello viene a constituir el andamiaje en el que se acabarán insertando las vicisitudes argumentales del discurso narrativo de García Pavón. Dicho universo narrativo y dicho discurso temático aparece presidido por la sustancia monocorde de un paisaje tremendo en el que pasan pocas cosas, por la musculatura agria de un pueblo sin apenas pasado y por el peso que ese paisaje deja en una obra de ficción en general y en particular en otra obra, doblemente capital para Pavón, como era el Quijote.

Los tanteos en el paisaje de La Mancha y la indagación de su sustancia son ya previsibles desde sus iniciales aproximaciones poéticas (“El paisaje poético en la poesía de Alcaide”, *Albores*, núm. 29, marzo 1949) hasta el interés por el trabajo de búsqueda espacial realizado por los pintores y que García Pavón incorpora prontamente entre sus referencias. Las notas sobre Antonio López García o la colaboración con Gregorio Prieto en el número de *Clavileño* dedicado a Ciudad Real en el año 1955, son algunas de las citas posibles pero no las únicas. Con anterioridad a ese horizonte, García Pavón había realizado ya uno de sus trabajos de índole paisajista más consolidados y casi único: “Teoría del paisaje manchego: ensayo sobre la llanura” (*Estudios manchegos: tres ensayos y una carta*, Jerez 1951). De igual forma el esbozo realizado en el número 23 de *Albores del Espíritu* (“Momentos decisivos. Ideas sobre el Tomelloso de hoy”) prelude otro de los marcos en los que ubicar invariablemente la acción de sus relatos. El armazón que proporciona “Momentos decisivos” va a ser prorrogado en diferentes empeños. Así en *Tres ensayos y una carta* aparecerá “Biología de un pueblo: ensayo sobre Tomelloso”, dando salida posteriormente todo ello, en otra forma estructurada, a la *Historia de Tomelloso*. De la misma forma que todo el paisaje anotado compone el marco para ubicar sus historias y cuentos, *La Historia de Tomelloso*, a través de ese mundo entrevisto y avizorado de vicisitudes y soles, de decires y esperanzas en las notas históricas, van a componer la urdimbre en la que asentar sus historias tomelloseras.

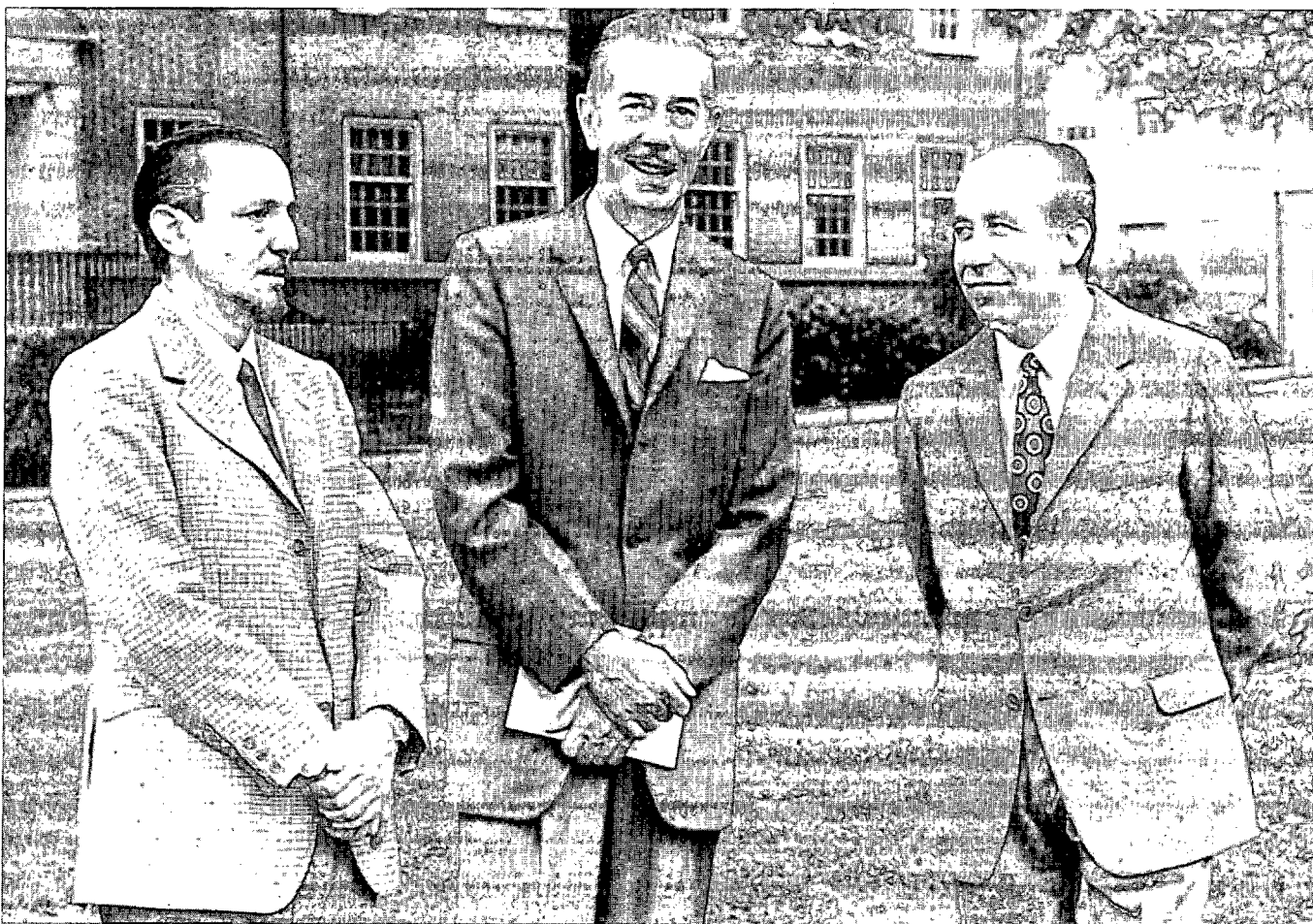
Más difícil es fijar el provecho de esa episódica colaboración que sostuvo Pavón con el diario *Lanza* durante un año escaso, entre el 24 de febrero de 1953 y el 26 de enero de 1954. Los artículos que aparecían bajo el genérico “Hoy mar-

tes” fueron componiendo un universo de sensaciones, de expresiones y de horizontes que alcanzarían finalmente mayor calado. Así, las pequeñas piezas varias, plagadas de observación y de remembranza por lo que se va yendo (“Defensa del pantalón corto”, “Desamor a las cafeterías”, “Juventud conformista” o “Épocas haiga”) van cimentando un entramado de relaciones que estarán llamadas a soportar las estructuras en las que asentar el discurrir de sus historias y el devenir de sus cuentos. La capacidad para analizar descriptivamente un paisaje natural o urbano es el entrenamiento pausado de la observación que trata de descubrir cierta luz que atisbe la singularidad de una tierra o de un pueblo; para desde allí posibilitar el germen de una historia construida sobre el compás de dichas observaciones.

Toda la obra menor y no inventariada de García Pavón, que se desparrama por diversas publicaciones de los años cuarenta (“Albores del Espíritu”), cincuenta (“Lanza”, “Clavileño”) y sesenta (“La Mancha”) puede ser vista hoy como los apuntes, las notas, los esbozos, los preparativos e incluso los croquis que los posteriores desarrollos del universo narrativo pavoniano van a otorgar al paisaje y al espacio.

El otro polo temático que irá jalonando estos años de formación de García Pavón es la referencia obligada a ese binomio tan mal explotado y tan mal entendido como es la presencia de la Mancha en *Don Quijote de la Mancha*.

Los años cincuenta —agotados forzosamente muchos temas del ensayo unamuniano y de la meditación postazoriana— se transmutan en un momento de exaltación fácil de los temas quijotescos como equivalentes de cierta exaltación patriótica. Baste recorrer la prensa de la época para advertir la fácil tendencia al halago simplón y al reconocimiento de la universalidad de una tierra, que al ser asumida como fondo espacial por Cervantes, se erige sin solución de continuidad en fundamento de una pretendida universalidad y de una fértil intemporalidad. La sagacidad de García Pavón le mueve, por contra, a distanciarse del tono común y adoptar una actitud mucho más crítica y de mayor relevancia literaria. El dis-



García Pavón y Buero Vallejo en un viaje a Estados Unidos para participar en un ciclo de conferencias.

curso de ingreso de García Pavón en el Instituto de Estudios Manchegos se produjo en octubre de 1954 con una conferencia sobre “La Mancha que vio Don Quijote”. En ella, en lugar del fácil recurso que pretende —como aún hoy se realiza— identificar la verosimilitud de un ruta o la veracidad de un recorrido, como si de una vuelta ciclista se tratara en lugar de un relato de ficción, García Pavón ensaya en sentido contrario. “A ningún autor de auténticos libros de caballerías se le habría ocurrido situar a su héroe en una tierra monótona, apacible y civil, como a ningún autor de las actuales novelas policíacas se le ocurriría avecindar a sus hombres del F.B.I. en un villorrio de labrantines pacíficos... Cervantes, al pretender que su Don Quijote sea un caballero andante desplazado de toda oportunidad: del tiempo, por anacrónico; de la razón, por la locura; y de la heroicidad por la falta de aventuras, era lógico, que, al tener que elegir los parajes menos ricos en excentricidades, en cosas peregrinas, en princesas, reyes, emperadores y demás elementos de la tramoya auténticamente caballeresca, prefiriese para su novela un lugar como La Mancha, tierra entonces y ahora de panllevar, más abundante en rústicos labriegos, en sencillos aldeanos y en vida rutinaria, que en cualquier linaje de criaturas de quimera y excepción”. Esa distancia crítica le permite afirmar con rotundidad: “La Mancha que vio

Cervantes... y que muy bien pudiera no ser sino una visión muy parcial de La Mancha de entonces, cuando no una Mancha soñada o entrevista...”. La diferencia entre la historia que se relata y el fondo escenográfico en el que transcurre la dicha historia no es comúnmente percibida por tantos observadores precipitados por la urgencia patriótica y desconocedores del artificio narrativo; pero a Pavón —tras sus ejercicios de paisaje natural o urbano— no se le escapa la sutil diferencia existente entre ambos extremos, esto es, entre una presentación ensayística y descriptiva y una representación narrada e imaginada. Aún hoy, en congresos soporíferos se debate y se reconstruye “la verdadera ruta” del Quijote, de la misma forma que en los años citados se especulaba sobre la historicidad de Alonso Quijano o la mancheguía de Miguel de Cervantes. La confusión conceptual de escenario y acción es tal que pronto dedicaremos empeños y esfuerzos para determinar con exactitud el ámbito espacial de Macondo, los límites geográficos de Región o las fronteras imprecisas de Mágina. Es desde esta diferencia prontamente advertida, entre un escenario y el desarrollo de la acción que en él se sustenta, desde donde adquieren relevancia los años de formación que se despliegan en la pequeña letra de la prensa provincial. En los que va teniendo lugar la construcción del escenario. □